

<p style="text-align: center;">TEMA 2 ¿QUÉ ES LA IGLESIA? (pp. 455-462)</p>
--

La Biblia, que recoge todo lo escrito sobre cómo Dios se ha ido dando a conocer, deja claro que lo que Dios busca es un pueblo; y las personas que busca son para que ayuden a ese pueblo:

- a Abrahán lo escoge para hacerlo padre de un pueblo numeroso (Gn 12,2; 22, 16-18);
- a Moisés para que saque a su pueblo Israel de la esclavitud de Egipto (Éx 3);
- a lo largo de la historia va enviando personas que cuiden de su pueblo (reyes, profetas, etc.);
- pero, sobre todo, Dios, a lo largo de este tiempo, va prometiéndole un enviado especial, el último, a quien se le da el nombre de Mesías, y todo el pueblo de Israel vive esperando su llegada.

El Evangelio nos anuncia que este Mesías esperado es Jesús que no nace en un palacio sino en una cueva; no se educa en Jerusalén, la ciudad santa, sino en un pueblo de mala fama ("¿De Nazaret puede salir algo bueno?" Jn 1,46) y se presenta como uno de tantos aunque es el Hijo de Dios (Fil 2,6-7), es rechazado y condenado a muerte, pero Dios Padre lo resucita, y encarga a los que han creído en él y le han seguido que formen el Nuevo Pueblo de Dios, la Iglesia, y vayan por todo el mundo anunciando el Evangelio, como él lo había hecho.

Como hemos recordado en la primera parte de esta introducción. San Ignacio nos ha puesto delante la vida de Jesús, para que contemplándola lo siguiéramos. Los EE nos preparan y disponen para seguir los pasos de Jesús, que, desde su vida corriente, como uno de tantos, iba preguntando "¿Qué os parece?"; y si la persona estaba de acuerdo le volvía a preguntar "si quieres, sígueme" Es decir, Jesús se dirigía a la inteligencia de cada persona, anunciándole cómo él veía la vida, y después a su libertad: si quería seguir sus pasos.

Los que iban fiándose de él, empezaron a formar un grupo a su alrededor. Al principio, en este grupo no se descubre organización: Jesús era el que mantenía el grupo.

Desde el comienzo Jesús empieza a decirles que deben formar una comunidad como hermanos, y a Pedro le dice: "y tú eres Pedro y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia" (Mt 16,18) (Iglesia significa los "llamados" por Jesús y que han respondido a esa llamada).

Pero Jesús no iba a estar siempre presente. Más aún, en su despedida les dice: "os conviene que yo me vaya, porque si no me voy no vendrá a vosotros el Consolador (el Espíritu Santo); pero si me voy os lo enviaré" (Jn 16,7).

Este Espíritu, sin embargo, no lo va a hacer todo, sino que el grupo debe responsabilizarse de su propia vida, y por eso encargará a Pedro que cuide de la comunidad.

Es importante caer en la cuenta de que Pedro respondió a Jesús y lo siguió, pero también lo negó. El grupo que rodea a Jesús no está formado por personas extraordinarias, que nunca meten la pata, sino personas corrientes, débiles, que fallan, y por eso se sienten como los demás y van a poder comprender y ayudar a todos desde la igualdad.

La Iglesia como grupo de los que se fían de Jesús y quieren seguirle empieza a existir, como hemos dicho, después de su muerte y resurrección.

San Juan nos cuenta cómo Jesús resucitado se les aparece, "estando cerradas las puertas por miedo a los judíos..." y les dice: "la paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío". Dicho esto sopló sobre ellos y les dijo: "recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados les quedarán perdonados, y a quienes se los retengáis, les quedarán retenidos" (Jn 20,19-23).

Si hasta ese momento era la presencia de Jesús la que mantenía el grupo, de ahora en adelante será el Espíritu Santo.

En efecto, antes de dejarlos Jesús les dijo: "recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra" (Hch 1,8). Más aún, según San Juan, Jesús antes de morir les dijo: "El Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, ese os lo enseñará todo y os traerá a la memoria todo lo que yo os he dicho" (Jn 14,26) y más adelante sigue diciéndoles: "Mucho tengo todavía que deciros, pero ahora no podéis con ello; cuando venga el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa..." (Jn 16,12-13).

Es decir, la Iglesia es guiada por el Espíritu que irá completando la verdad. La vida va cambiando, surgen nuevos problemas, de los cuales Jesús no podía decir nada. La Iglesia, su comunidad, guiada por el Espíritu Santo, debe ir dando respuestas.

Por eso, después de que Jesús los dejase, estando reunido el grupo con María, la madre de Jesús, el Espíritu Santo se hace presente en ellos y empiezan a sentirse con fuerza para hacer lo que Jesús había hecho: anunciar lo que merecía la pena (el Evangelio, la Buena Noticia) (Hch 2).

Este anuncio no va a ser sólo al pueblo elegido, a Israel, sino a todo el mundo. Es el único encargo que Jesús les deja antes de separarse de ellos: "Id, pues, y haced seguidoras a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" (Mt 28,19).

Esto es lo que significa el Bautismo: por el Bautismo entramos a formar parte de su pueblo, a ser su comunidad. San Pablo, en la carta a los Romanos (6,1-11) dice que por el bautismo "morimos con Cristo", "siendo crucificado con él el hombre viejo" (con nuestros egoísmos y orgullos) para resucitar con Jesús a una vida como la suya. Pero la comunidad supone unión, y eso es lo que a Jesús más le preocupó: "Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado para que sean uno como nosotros" (Jn 17,11). "No sólo ruego por éstos, sino también por aquellos que por medio de su palabra creerán en mí para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste para que sean uno como nosotros somos uno, yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí" (Jn 17,20-23).

El seguimiento de Jesús debe concretarse en hacer lo que hizo él: "Como el Padre me envió, así yo os envío a vosotros". ¿Y a qué vino Jesús? A hacer la paz, a que fuésemos una sola cosa como el Padre en él y él en el Padre. Si en esto fracasamos ha fracasado la misión de Jesús que es hacer posible que vivamos como hermanos en comunidad.

Para esto nos dejó los sacramentos de la penitencia (del perdón, de la reconciliación) y de la eucaristía.

En el primero se nos perdonan nuestros fallos y podemos empezar de nuevo sin echarnos nada en cara. Y este perdón viene a través de la Iglesia (la comunidad).

En el segundo hacemos "en recuerdo de Jesús" lo que él hizo: dar la vida por nosotros: "tomad y comed, esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros". Sólo daremos vida perdiendo la nuestra. Si buscamos cada uno nuestro interés nunca podremos formar un cuerpo. Seremos como un cáncer que se come al cuerpo. Como decía San Pablo: "A cada cual se le dará la manifestación del Espíritu para provecho común", para ponerlo al servicio de los demás.

Sólo sintiéndonos perdonados por Dios y haciendo en recuerdo suyo lo que él hizo, dar la vida por los demás, podremos sentirnos un cuerpo vivo.

Pero no sólo son los sacramentos del bautismo, la reconciliación y la eucaristía, los que nos ayudan a comprender qué es la Iglesia y a vivir en ella, sino que el sacramento del matrimonio es el que mejor nos ayuda a acercarnos al "misterio" de la Iglesia. En efecto, San Pablo dice en su carta a los Efesios: "Vosotros, los maridos, amad a vuestras mujeres, como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella para santificarla y purificarla mediante el agua (el bautismo) con la fuerza de la Palabra (el Evangelio)... Así deben amar los maridos a sus mujeres como a sus propios cuerpos. El que ama a su mujer se ama a sí mismo. Porque nadie aborreció jamás su propia carne: antes bien la alimenta y la cuida con cariño, lo mismo que Cristo amó a la Iglesia, pues somos miembros de su cuerpo. "Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y los dos se harán una sola carne" (Gn 2,24). Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y a la Iglesia" (Ef 5,25-32).

Este misterio de que Dios haya querido entregarse a una comunidad para salvar (recuperar y hacer felices) a toda la humanidad es un misterio tan maravilloso como la experiencia del amor humano en un matrimonio feliz. Igual que el hombre y la mujer se eligen y entregan en libertad en el compromiso matrimonial ("hasta que la muerte nos separe"), así es la entrega de Jesús a su Iglesia, a su cuerpo, que somos los que queremos seguirle. (La relación de Dios con el ser humano pasa por una comunidad, un "nosotros").

La unión del hombre y la mujer en el compromiso del matrimonio debe darnos a entender cómo Jesús (esposo) se relaciona con su Iglesia (esposa), le es fiel porque la quiere y encuentra en ella su felicidad.

Pero ya hemos visto que somos Iglesia si todos los que la formamos nos sentimos unidos, con una unidad como la de los miembros de un cuerpo, como explicaremos más adelante. Por eso, San Pablo nos ha dicho: "nadie aborrece su propia carne; antes bien, la alimenta y la cuida con cariño, lo mismo que Cristo a la Iglesia, pues somos miembros de su cuerpo".

¿Por qué le preocupa tanto a Jesús la unidad de los que creen en él? ¿Por qué llega a decir: "en eso conocerán que sois discípulos míos, si os tenéis amor los unos a

los otros" (Jn 13,35)?

Si "Dios es amor" y "el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios" (I Jn 4,7-8), estamos llamados a reflejar en nuestras vidas esa unidad de Dios: entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo, que es Amor. Sólo entonces podrán conocer a Dios y que Dios está en medio de nosotros. Ya lo dijo Jesús que "donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt. 18,20).

La Iglesia de Jesús está, pues, llamada a hacer posible la unidad entre todos los hombres como hijos de Dios. Más aún, no podemos llamar a Dios "Padre mío" como Jesús lo hacía, sino "Padre nuestro". Estamos llamados a entendernos, a servirnos unos a otros, no a competir.

Pero para tener unión entre nosotros tenemos que sentirnos iguales, como recordamos en el apartado anterior, y estar siempre dispuestos a servir, "como el Hijo del hombre (Jesús) no vino a ser servido sino a servir y a dar su vida como rescate de muchos" (Mt, 20.28).

Y es que la unión que debemos vivir no es que todos seamos lo mismo, sino que, conservando nuestras diferencias y cualidades, lleguemos a formar un cuerpo, como explica San Pablo (1ª Cor 12): "Hay diversidad de carismas (cualidades), pero el espíritu es el mismo; hay diversidad de ministerios (distintas responsabilidades), pero el Señor es el mismo; diversidad de operaciones (no todos hacemos lo mismo), pero el mismo Dios quien obra todo en todos". La unión que debemos vivir es la del **cuerpo**, que no es un sólo miembro sino muchos y distintos, sin que ninguno se sienta el más importante sino desde la igualdad, aunque con distintas responsabilidades.

Esto debe ser la Iglesia, **el cuerpo de Cristo**.

Pero todas estas responsabilidades y cualidades pueden llegar a formar un solo cuerpo si hay amor, como explica San Pablo en el capítulo siguiente (1 Cor 13). Sin amor de nada sirve ni cualidades ni responsabilidades de cara a formar un cuerpo. Tenemos que relacionarnos desde el amor.

A esta Iglesia, como comunidad, Jesús le dio responsables, Ya en vida encarga a Pedro que fortalezca la fe del grupo (Lc 22,32) y después de las negaciones, cuando le pregunta por tercera vez "¿me quieres más que estos?", ante la respuesta de Pedro: "Tú, Señor, lo sabes todo, tú sabes que te quiero", Jesús le encarga que cuide de sus ovejas (Jn. 21, 15- 17).

Por otro lado, no deja sola a su Iglesia sino que le envía su Espíritu y se siente guiada por él.

Desde los primeros momentos, el grupo de los apóstoles va tomando decisiones en la medida en que se van presentando los problemas. Y el primer problema fue si seguir a Jesús debía suponer que uno cargase con todas las leyes de los judíos. El Espíritu va inspirando a Pedro y a Pablo para que rompan con las leyes propias del pueblo judío (leer los capítulos 10, 11 y 15 de los Hechos de los Apóstoles): "Porque ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros no imponeros ninguna otra carga que las necesarias..." (Hch 15,28). Escuchan al Espíritu, pero ellos tienen que tomar decisiones y hacerse responsables de ellas.

En la medida en que van muriendo los que vivieron con Jesús, los Apóstoles, van sustituyéndoles otras personas que siguen teniendo la responsabilidad que Jesús dio a Pedro y sus Apóstoles: el Papa y los obispos. Estos se van ayudando de otros que tienen

que ser encargados (ordenados) para la misma tarea (sacerdotes-curas).

Estos sustitutos de Pedro y los Apóstoles tienen que cuidar de la comunidad y formarán lo que San Ignacio va a llamar "jerarquía", en una Iglesia que la formamos todos.

Y aquí vamos a encontrar con la dificultad mayor en nuestra forma de estar en la Iglesia. Como vimos en el apartado anterior, todo grupo humano necesitará de unos responsables que vayan decidiendo en los conflictos y avisando en las posibles equivocaciones. Lo mismo ocurre en la Iglesia: pero la autoridad en la comunidad de los que creen en Jesús no puede ser como la de "los príncipes de este mundo": "el que quiera llegar a ser grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro esclavo" (Mt 20,26-27). Por eso, el Papa se llama a sí mismo "siervo de los siervos de Dios".¹

Esta autoridad tiene dos tareas: anunciar el Evangelio, ayudando a que la fe se conserve y crezca, y posibilitar la unión.

Estas tareas se encomiendan a los que se han ordenado (otro sacramento), pero esto no quiere decir que ellos vivan siempre en todo momento lo que dicen, como nos ocurre a cada uno de nosotros.

Por eso Jesús nos advirtió en Mt 23,2-3: "En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. Haced pues, y observad todo lo que os digan, pero no imitéis su conducta, porque dicen y no hacen".

Es decir, alguien tiene que responsabilizarse de anunciar lo que dijo Moisés (y en el caso de la Iglesia, lo que dijo Jesús), pero no creamos que eso supone que lo vivan. Habrá que escucharlos y hacerles caso, porque lo que dicen no es suyo; pero a veces no podemos imitarlos.

Es decir, San Ignacio exige que los responsables en la Iglesia (la jerarquía) decidan en los conflictos y avisen en las posibles equivocaciones.

Más aún, la misma forma de cumplir ese encargo, no siempre será la mejor: todos sabemos que en tiempos de San Ignacio existía la Inquisición², a la que él mismo apoyó, aunque también le tuvo miedo; y después se ha visto que aquello no tenía nada que ver con Jesús. Lo mismo puede ocurrir con otras maneras de ejercer la autoridad hoy por parte de la Iglesia, y que dentro de unos años tenga que cambiar. Esto no debe extrañarnos, sino que es consecuencia de que la vida va cambiando y la Iglesia también, aunque siempre tenga el mismo encargo.

¹ San Ignacio tiene muy claro este papel de avisar y decidir que tiene la Iglesia, y en sus conflictos con la Inquisición pedía que se diese "sentencia", y no dejar las cosas sin decidir. Así, en París, cuando el inquisidor revisa sus papeles de EE por una acusación contra él, después de "alabarlos" (los EE), "le pide copia". San Ignacio le ruega "que siguiese adelante en el proceso hasta dictar sentencia". Como el inquisidor no lo hizo, San Ignacio "fue con notario público y con testigos a su casa, y tomó fe de todo ello" (**Autobiografía, 86**).

Lo mismo le ocurrió en Roma ante las acusaciones de Mudarra y Barreda: ni el legado del papa, ni el gobernador quisieron dar sentencia sobre su inocencia, aunque de palabra daban razón a San Ignacio. Pero él no paró hasta acudir al papa que ordenó se diese sentencia (**Autobiografía, 98**).

² La Inquisición estaba formada por unos jueces, que eran obispos y curas, encargados de vigilar lo que se decía o escribía sobre la fe cristiana. Si juzgaban que no era verdad les obligaban a desdecirse, y si no querían, los condenaban a la cárcel y hasta eran quemados en público con todo lo que habían escrito.

Pero además, nadie puede asegurar que su manera de ejercer la autoridad sea siempre la correcta. Toda responsabilidad asusta, a no ser que uno sea un chulo. Por eso, San Agustín, que fue obispo en Hipona (una ciudad de África) hace muchos siglos decía a los cristianos de su ciudad: "Si me da miedo el hecho de que soy para vosotros, eso mismo me consuela, porque estoy con vosotros. Para vosotros soy el obispo, con vosotros soy el cristiano; aquél es el nombre del cargo, éste el de la gracia; aquel, el del peligro; éste, el de la salvación"³

La Iglesia (los cristianos) somos todos los que queremos seguir a Jesús porque nos fiamos de él, y esa es nuestra garantía, porque nos aseguró: "Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28,20). Pero no siempre los que han recibido de Dios la responsabilidad de cuidar de su Iglesia sabrán hacerlo como Jesús lo haría, y eso será un peligro, como dice San Agustín, aunque no tendrán más remedio que hacerlo.

Para terminar podemos traer el comienzo de lo que el Concilio Vaticano II dijo acerca de lo que la Iglesia debía ser en el mundo actual: *"Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo, en su peregrinar hacia el Reino del Padre, y han recibido la buena nueva de salvación para comunicarla a todos. La Iglesia, por ello, se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia"*⁴

Todos estamos de acuerdo con estas palabras y nos llenan de alegría. El problema está en que en esta Iglesia hay unos responsables (así lo quiso Jesús y no podía ser de otra manera) encargados de concretar esta tarea. Ellos tienen sus cualidades pero también sus rarezas, como las tenemos los demás. Estas rarezas, tanto por una parte como por otra, crean problemas y sufrimientos, como en cualquier otra estructura humana. ¿Cómo vivir estos problemas cuando se nos presenten? A esto vienen las Reglas de San Ignacio sobre la Iglesia.

³ Concilio Vaticano II, Sobre la Iglesia, 32

⁴ Concilio Vaticano II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, 1